AMADEUS

Juli Garzo Sanjuán

Capítulo 1

AMADEUS

Notaba su cuerpo alargado, pesadamente tendido en la arena, sus palmas apoyadas al suelo y la cabeza haciendo crujir los granos humedecidos por la fría noche anterior.

Aquella ola fue más osada que las anteriores y se le acercó rápidamente, rompiendo su cresta y mojándole los pantalones hasta la pantorrilla, pero Amadeus no se dio cuenta y seguía con los ojos cerrados iluminados por el viejo sol de Octubre. Sus hermanas mayores se envalentonaron, la siguieron y empaparon con suave espuma la totalidad de los pantalones y la parte inferior de la burda camisa rayada.

Pero Amadeus continuaba lejos, en sus pensamientos, grandes peces de colores de las profundidades, con sus minúsculos ojos y con esas brillantes escamas fosforescentes con que los había visto, tantas veces, en su libro de láminas de Ciencias Naturales. Y se veía sumergido en el mar con un pesado traje de buzo, libre de la tierra, persiguiéndolos, jugando con ellos, dándoles comida y buscando tesoros sumergidos.

Una nueva ola aventurera nació, y empujada por el constante viento, saltó en miles de gotas mojando la tranquila cara de Amadeus y dejándole un agradable sabor a sal en las comisuras de los labios, y soñó en una pequeña lancha velera, rompiendo vientos, desafiando huracanes, navegando acompañado de sus amigos delfines hacia una isla desconocida y cálida mas allá de las fronteras.

Las gaviotas se acostumbraron a su enorme corpachón tendido y después de revolotear dos enormes círculos entre el cielo y el mar, descendieron a la playa, marcando pequeñas pisadas y alegres graznidos.

Amadeus las escuchó y se imaginó volando en un maravilloso globo de franjas amarillas, rojas y azules, con el añil del mar a sus pies y las gaviotas guiándole a través de las nubes, y cuando divisó tierra observó una hermosa ciudad de cuento, castillo y sonoro campanario, y un país, con sus gentes tranquilas y su voz libremente expresada moviendo el aire.

Un molesto vaivén de sirena le despertó, un automóvil intermitente gris se acercaba alejando sueños y esperanzas.

Del coche se apearon dos hombres uniformemente vestidos, chapa plateada, cuello duro y negro brillo de muerte en las manos. Las gaviotas aterrorizadas se elevaron rozando los cabellos de Amadeus y en rápidos sonidos se despidieron, las olas comprendieron que sus aventuras habían

terminado y se alejaron de la playa dejando arena mojada a las pisadas de los intrusos.

-- Bueno, ya han llegado --, pensó. Amadeus se levantó sacudiéndose la arena.

Bajo el viejo sol de Octubre iban dos uniformes y una sucia camisa rayada, como la de un marinero descuidado.

Las gaviotas volvieron a sus juegos y las olas lentamente se acercaron acariciando la hundida figura de un enorme corpachón entre la arena y el mar.